

Revista de Estudios Taurinos
N.º 30, Sevilla, 2011, págs. 217-230

*DISCURSO DE PRESENTACIÓN
DEL LIBRO
PLAZA DE TOROS DE LA REAL MAESTRANZA
DE CABALLERÍA DE SEVILLA. OBRAS 2005 - 2011*

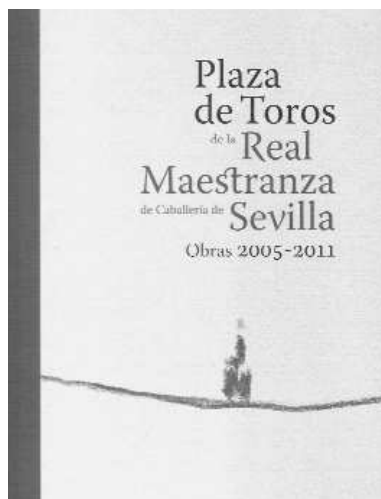


Fig. n.º 59.- *Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla. Obras 2005 - 2011*. Fundación Real Maestranza de Caballería de Sevilla, 2011.

Excmo. Sr. Teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla

Ilmo. Sr. Delegado de Cultura en Sevilla.

Excmo. Sr. General Jefe de la Segunda Subinspección General del Ejército.

Sras. Sres. Caballeros Maestranteras

«Presentar un libro me manda mi Teniente,
que en mi vida me he visto en tal aprieto»...

Perdónenme la osadía de tomar como arranque de mi introducción la sorna de Lope de Vega, quien escribía los sonetos sin siquiera pensarlos, pero no es ése mi caso: la mayor parte de los arquitectos sufren al hablar en público si no tienen un lápiz en la mano.

Es para mí un orgullo y una responsabilidad haber recibido el inmerecido encargo de presentar este libro, en el que se exponen las obras realizadas en nuestra Plaza de Toros durante el periodo de 2005 a 2011, coincidente con la Tenencia de D. Alfonso Guajardo-Fajardo y Alarcón. Trataré de estar a la altura que tal esfuerzo editorial merece, y seguiré para su presentación el orden de su propio contenido.

Se compone de cinco capítulos relacionados con las obras llevadas a cabo en estos últimos seis años. Sus autores son los mejores conocedores de cada una de las materias que en ellos abordan.

Para valorar en su contexto las obras efectuadas, conviene recordar –muy sucintamente– los antecedentes de nuestra Plaza de Toros.

Ello me lleva a considerar –a través de anotaciones tomadas de los historiadores– la razón y orígenes de la Real Maestranza y su vinculación a la Fiesta de los Toros.

En 1670, durante el reinado de Carlos II, se fundó la Maestranza de Caballería de Sevilla manteniendo el espíritu de la Hermandad de San Hermenegildo. Ésta había sido instituida 400 años antes por los Caballeros que acompañaban al Rey Fernando III, con objeto de adiestrarse en el manejo de las armas y las prácticas ecuestres.

Durante el primer tercio del siglo XVIII, por decisión de Felipe V, estuvieron prohibidas las corridas en todo el territorio de su reino. Los Maestranteros demostraron muchísimo interés en la obtención de una autorización para correr toros. En 1729, en agradecimiento al apoyo recibido de la Maestranza en

la Guerra de Sucesión a la Corona española, Felipe V concedió importantes y decisivos privilegios a la Corporación. A partir de entonces, tendría el tratamiento de Real, tendría jurisdicción privativa y posibilidad de celebrar Fiestas de Toros con las que sostener la Institución. Para ello, ésta mandó construir un cerrado –o plaza de madera– al principio de forma *cuadrilonga* junto al monte de El Baratillo.

El empleo de Hermano Mayor del Real Cuerpo correspondería, más tarde, al propio Rey. Sin embargo, en un principio, lo ostentaba uno de sus hijos. De ahí, que la entrada principal de la futura Plaza de Toros fuera conocida como Puerta del Príncipe desde entonces.

Esta primera plaza fue sucesivamente sustituida por otras tres –también de madera–, en las que la forma evolucionó, evitando los rincones en que se *aquerenciaban* los toros. En 1733 se construyó una plaza –ochavada por el exterior y redonda por el interior– que respondía a la forma cuasi circular que hoy presenta.

A la vista de los cuantiosos gastos que el mantenimiento de las plazas de madera suponían para la Real Maestranza, en 1749 comenzaron las obras de caballerizas y casas para una nueva plaza de toros –*ya de material*–, que se inició en 1761, coincidiendo con la cuarta instalación –todavía de madera–, que fue progresivamente sustituida.

120 años más tarde, se terminó el cierre de la arquería superior, pudiéndose considerar finalizada la construcción de la Plaza y sus dependencias.

Durante este lapso de tiempo las obras se ejecutaron a lo largo de varias etapas, sufriendo sucesivas interrupciones, generalmente vinculadas a las prohibiciones de festejos taurinos decretadas por la Corona. Una de estas paralizaciones duró 60 años y en ellos no se llevaron a cabo más labores que las propias de mantenimiento.

Gracias al tesón de las sucesivas Tenencias de la Maestranza se han ido ejecutando numerosas mejoras que han sido permanentemente mantenidas para poder disfrutar hoy de un monumento que constituye un ejemplo indiscutible de la arquitectura civil sevillana.

Para despertar el interés del lector, el libro que hoy presentamos comienza con un Prólogo escrito y firmado por S.M. el Rey.

De ello no cabe más que felicitarnos por haber merecido el interés de nuestro Hermano Mayor. Éste, conocedor del gran esfuerzo desarrollado por esta Tenencia y su Junta de Gobierno, glosa en unas cuantas acertadas frases el alcance de la actividad de la Corporación. Ensalza, como él mismo dice, su labor de mecenazgo artístico y cultural al dedicar una parte importante de sus esfuerzos al cuidado y conservación de la Plaza de Toros, de la que es propietaria.

* *

Continúa el libro con el primer capítulo, titulado:
RESEÑA HISTÓRICA Y CRÍTICA DEL PROCESO CONSTRUCTIVO
DE UN EDIFICIO VIVO.

Su autora es María del Valle Gómez de Terreros Guardiola. Catedrática de Historia del Arte de la Universidad de Huelva, rigurosa investigadora, autora de varios libros especializados en arquitectura monumental –entre ellos uno específico sobre la Plaza de Toros de la Real Maestranza, titulado: “La Plaza de Toros de Sevilla. Historia de su ininterrumpida construcción”–, María del Valle es sin lugar a dudas uno de los más importantes referentes en la historiografía de la arquitectura monumental de Andalucía.

La lectura del primer capítulo del libro que les presento, hace comprender los múltiples avatares por los que ha pasado la construcción de la Plaza, desde sus antecesoras de 1730 hasta el cierre de la arquería en 1881.

El paso del tiempo deja su huella en un edificio, todo queda registrado: ¿qué fue?; ¿para qué se usó?; ¿con qué técnica se hizo?; ¿cómo se construyó? La investigación consigue revelar su historia, pero es mucho más fluida y exacta si se dispone de restos, escritos y gráficos que la apoyen. La labor del historiador es conseguir descubrir el cómo, cuándo y para qué fue hecha una determinada obra. En definitiva, son las fuentes la que nos cuentan la vida de un edificio.

Si los edificios no se mantienen o no evolucionan adaptándose a los cambios sociales no se conservan. Están muertos.

María del Valle Gómez de Terreros ha sabido investigar en nuestra Plaza de Toros, cómo y cuándo fue su construcción, las sucesivas fases en que se ejecutó, cuáles fueron sus reformas y adaptaciones y la adecuación a las exigencias de la propia Fiesta. Hechos que convierten a la Plaza, como ella misma dice, en un edificio vivo.

* *

El segundo capítulo trata de:

EL EJE PUERTA DEL ENCIERRO - PUERTA DEL DESPEJO;

LA REFORMA DE LAS GRADAS CUBIERTAS POR LA ARQUERÍA.

Lo escribe el actual Arquitecto Conservador de la Real Maestranza, redactor de los proyectos y director de las obras que se contemplan en el Libro: José Antonio Carbajal Navarro. Nadie mejor que su autor para describirnos las circunstancias que han ido sucediéndose en la ejecución de las obras.

Su nombramiento en 2003 constituyó un nuevo éxito de la Real Maestranza, como se ha demostrado desde sus primeras intervenciones. El currículum de José Antonio Carbajal es muy importante y constituye la mejor garantía de lo que de él podía esperarse.

Arquitecto desde 1968 por la Escuela de Arquitectura de Sevilla, ha participado en varias Muestras tanto nacionales como internacionales. De las numerosas distinciones con que ha sido

galardonado destacaría el “Premio Andalucía de Cultura a la Defensa del Patrimonio Histórico Artístico”, que ganó por la rehabilitación del Teatro Manuel de Falla en Cádiz. Sucede a una larga lista de grandes profesionales que han desempeñado el mismo cargo a lo largo del tiempo.

La Plaza se construyó según un primer diseño rodeándose de edificios que determinaron la traza urbana de esta parte de la ciudad.

Si se contempla la edificación entre sus calles limítrofes, incluyendo la casa que ocupaba la esquina Sur del conjunto –derribada hace unas decenas de años–, la manzana podría entenderse como una gran casa principal. El patio sería precisamente la Plaza y, como ocurre en las casas principales, de las que hay abundantes ejemplos en la ciudad, es en el patio donde se concentra la arquitectura más noble y culta de la casa.

Permítanme ahora unas consideraciones generales. Los edificios en cuya concepción se desarrollan los principios de la arquitectura pueden ser agrupados en dos categorías distintas: los *orgánicos*, contruidos para satisfacer las necesidades de sus ocupantes; y los *monumentales*, destinados a encender la admiración, la fe o el buen gusto del pueblo. Estas dos grandes clases de edificios se rigen por reglas distintas, puesto que tienen una naturaleza abstracta diferente.

En los de la primera clase –los orgánicos–, al depender de necesidades concretas, las leyes de sus proporciones obedecen a reglas referidas a su tipología.

Los de la segunda clase –los monumentales– ocupan aquellas posiciones y adoptan aquellas formas que, se supone, habrán de generar con mayor eficacia el sentimiento buscado.

Esta búsqueda de la belleza y de la armonía viene desde la antigua Grecia, de Roma después y, ¡cómo no!, del Renacimiento nacido en Italia.

Existe un grupo de artes cuyo objetivo principal es de carácter estético aunque puedan tener, además, distintas finali-

dades prácticas. Desde una visión académica, la arquitectura debe albergar a la gente. La escultura y la pintura tienen que representar escenas religiosas, costumbristas, históricas o también retratar personajes. La música está al servicio de las ceremonias religiosas y de la danza.

Pero, por encima de estos fines, estas Artes crean belleza y comunican emociones estéticas: son las Bellas Artes.

La idea de que la arquitectura es una de las Bellas Artes coloca a los arquitectos en una difícil situación: tienen que buscar a la vez dos objetivos completamente distintos. Por un lado, los edificios monumentales no tienen otro objeto que el sentimiento que los inspira y la admiración que procuran despertar. Esto sólo sucede en edificios no habitados: una columnata, un arco de triunfo, etc. Sin embargo, la mayoría de los edificios importantes, de los que se espera susciten emociones estéticas –tales como templos, palacios, o... ¡¡ plazas de toros !!–, tienen que servir a una función concreta y, a veces, bastante compleja. Estos edificios tienen dos funciones: la expresión estética y la utilidad práctica. ¡Y deben cumplir simultáneamente ambos objetivos!

Hasta mediados del siglo XVIII, la palabra *arte* se había aplicado a casi todas las profesiones. Los médicos practicaban un arte, lo mismo que los abogados. También lo hacían los ceramistas, los vidrieros, los ebanistas, etc. Pero estas artes se han denominado menores o *aplicadas* para distinguirlas de las Artes por excelencia: las Bellas Artes.

La lengua castellana conserva el sentido genérico del término *arte*, que sirve para denominar cualquier clase de habilidad o de conocimiento práctico. Pero cuando se habla del Arte en general, y especialmente cuando se escribe con mayúscula, se entiende que se trata de la actividad cuyo fin principal es la expresión estética.

Aplicando estas reflexiones a la ejecución de las obras de reforma diseñadas por Carbajal, debemos concluir que su actuación en la Plaza de Toros ha sido toda una obra de arte, ya que

ha conseguido aunar las dos funciones propias de las intervenciones en los edificios monumentales: la expresión estética -que suscita emociones- y la utilidad práctica.

Si en la jerga taurina se puede definir la casta de un toro como la capacidad de provocar emoción en su lidia, podemos afirmar que José Antonio Carbajal es un arquitecto con casta. Con mucha casta.

En el año 2005, Carbajal ya trabajaba en el proyecto de construcción de una nueva y moderna Enfermería. Se trataba de ocupar un espacio comercial preexistente, situado en los bajos de una parte del caserío que envuelve la Plaza por la calle Adriano.

Dicho local, lindaba con la antigua entrada llamada Puerta del Despejo en recuerdo a que, antes del comienzo de un festejo, entraban por ella los alguaciles a “Despejar Plaza”. Con el paso del tiempo y la reglamentación de la lidia, la Puerta del Despejo y su conexión directa calle/ruedo cayó en desuso por lo que, en los años cincuenta del siglo pasado, se eliminó. En su lugar se dispusieron localidades de barrera. Tras ellas, la Puerta se mantuvo como un vomitorio más.

El traslado de la Enfermería a este nuevo emplazamiento ha dado lugar a varias mejoras: se ha recuperado la Puerta del Despejo en todo su trazado, por lo que el ruedo vuelve a conectar directamente con la calle. Se ha logrado el acceso a las instalaciones de la Nueva Enfermería a nivel del ruedo; y, a su vez, han sido eliminadas las barreras arquitectónicas desde la calle Adriano.

Otra de las obras que ha sido posible realizar, gracias al traslado de la Enfermería, es la recuperación de una antigua escalera y su correspondiente puerta de acceso desde el exterior, adyacente a la conocida como Puerta del Encierro.

Esta puerta, que debe su nombre a que por ella entraban las reses desde los campos de Tablada, comunicaba el ruedo directamente con la calle Circo. Pero, al disponerse que los toros

se encerraran a través del actual Corral del Manifiesto sin pasar por el ruedo, perdió su función, por lo que fue anulada.

Por un momento, pongámonos en la situación de aquel entonces. En 1913, se buscaba aumentar el aforo de la Plaza. Por ello, el entonces arquitecto de la Corporación, José Sáez López, presentó un proyecto que proponía la reducción del ruedo, la construcción de tres nuevas filas de barreras y la ejecución –sobre el primitivo– de un nuevo tendido con menor pendiente y mayor cabida.

Al año siguiente se ejecutó la primera fase y se convocó un concurso para llevar a cabo una reforma general que, además de la construcción del nuevo tendido, contemplaba la reforma de las gradas cubiertas e, incluso, la realización de una segunda planta sobre la arquería. Se adjudicó al arquitecto Aníbal González –personalidad crucial en la arquitectura de Sevilla–, quien llevó a cabo la reforma de los tendidos desaconsejando la realización de la segunda planta sobre la arquería.

Hubo dos circunstancias que afortunadamente coincidieron para que esta duplicación del graderío cubierto no se acometiera. Por un lado, el gran costo que ello suponía. Por otro, que en 1916 –probablemente con miras a la Exposición del 29–, comenzaran las obras de construcción de la Plaza de Toros Monumental de Sevilla, junto al barrio torero de San Bernardo. La rivalidad entre Juan Belmonte y *Joselito* propició la concepción de este proyecto, ya que el primero tenía casi el monopolio de la Real Maestranza.

La nueva plaza fue construida gracias al entusiasta apoyo de *Joselito* y de su amigo José Lissén, un rico comerciante de Dos Hermanas que financió las obras. Se construyó en hormigón armado, con capacidad para 23.000 espectadores. Fue diseñada por los arquitectos José Espiau y Francisco Urcola. Éste último ya había proyectado, en 1903, la desaparecida plaza de toros de San Sebastián y, más tarde, también la de Pamplona, que fue luego magistralmente ampliada por Rafael Moneo en 1966.

En abril de 1917, debido a su deficiente construcción, se derrumbó un tercio de los tendidos, siendo rápidamente reconstruida e inaugurada al año siguiente. Esta circunstancia incrementó severamente los costos, lo cual, unido a la ruina del socio capitalista y a la muerte en Talavera de Gallito, determinaron en 1920 el cierre definitivo de la plaza y su posterior demolición.

Que la Real Maestranza, por las circunstancias que fueran, desistiera de duplicar la arquería, fue una fortuna, ya que así la Plaza quedó como había sido concebida desde los primeros diseños conservando todo el equilibrio de sus fachadas.

Han tenido que pasar casi cien años desde que se realizara la reforma de los tendidos para que se restituyera la escalera junto a la Puerta del Encierro. ¡Todo un acierto! Ya que, además de aportar sinceridad a su arquitectura mejorando la vista sur del exterior de la Plaza, favorece la mayor fluidez del acceso y evacuación del público

En noviembre de 2007, la Comisión de Patrimonio -que tutela la conservación del conjunto histórico de la ciudad- dio el primer apoyo importante, para la aprobación del proyecto más ambicioso acometido desde que Aníbal González reformara los tendidos de la plaza: la reforma y sustitución de las gradas cubiertas de la arquería.

Esta idea constituía una vieja aspiración muchas veces tratada en el seno de las Juntas de Gobierno de la Maestranza, pero fue nuestro actual Teniente, quien, con su empuje y determinación, consiguió planificar la intervención y obtener la autorización de Patrimonio para poner en marcha la reforma del graderío, llevada a cabo de forma espléndida por Carbajal.

Inicialmente se pensó acometer las obras en varias fases, coincidiendo, cada una de ellas, con los periodos entre las temporadas taurinas. La primera fase comenzó al finalizar la del 2008 y debía servir de ensayo para medir el resultado de la actuación en cuanto a viabilidad, plazo de ejecución, costos etc.

Según fuera el resultado, se seguiría con el resto.

La reforma perseguía tres finalidades: que cada espectador alcanzase un nivel de comodidad semejante al de los tendidos; que las dos primeras filas de las gradas se convirtiesen en palcos; y que, entre una y otra zona, existiese un pasillo para facilitar el acceso y la evacuación del público.

Tuve entonces ocasión de visitar las obras y atender las explicaciones directas de José Antonio Carbajal, quien supo simplificar su actuación de manera que –como es su arquitectura– todo era consecuente, todo parecía fácil. Es la grandeza de lo bien trazado.

Fue tal el éxito de la obra que, en la temporada siguiente, la Corporación apostó por acometer el resto, alcanzando así a todas las ochavas de la galería. Otro acierto en tiempo y ejecución.

La imagen que presenta el graderío es unitaria en todas sus ochavas, si bien su geometría es muy compleja, siendo muy difícil aplicar un mismo criterio sin que se aprecien diferencias.

Como en toda obra de rehabilitación o restauración, lo que se plantea inicialmente es una hipótesis y, hasta que no se disecciona el edificio, no se sabe qué hay oculto. En este caso, se ha realizado un sofisticado levantamiento planimétrico que ha permitido –durante la demolición– ir tomando datos de todo lo que aparecía. Así, se ha conseguido disponer de una maqueta virtual, que da información exacta tanto del exterior como del interior de la Plaza.

Da gran tranquilidad tener cerca un profesional de la categoría de Enrique Machuca con quien compartir las soluciones constructivas que –casi siempre sobre la marcha– hay que dar a los problemas que en una obra de rehabilitación surgen diariamente. Arquitecto, con más de 30 años de experiencia, está especializado en temas estructurales. Su contribución a las obras ha sido de gran utilidad, proponiendo soluciones constructivas en unos casos y acreditando la ausencia de patologías en otros.

Debo también hacer una merecida mención al constructor, José Bellido Aguilera, quien, por su gran especialización en rehabilitaciones y organización de este tipo de obras, las ha sabido ejecutar, llevándolas a término tanto en tiempo como en esplendor.

El tercer capítulo del libro está dedicado a: LA ENFERMERÍA.

De la nueva Enfermería, inaugurada en 2007, ya se ha hecho gran parte de su presentación. Su actual titular es el prestigioso cirujano taurino, Ramón Vila Jiménez, que ocupa el puesto desde 1972. Hombre de gran ciencia, buen conversador, conferenciante en innumerables ocasiones, pregonero taurino de Sevilla, *capillita*, buen amigo de sus amigos –muchos de ellos, toreros–... ¡es un sevillano de pura cepa!

Hace su exposición, enfocándola a través de los hitos médicos conseguidos y de las muchas vidas que ha salvado. Ha asesorado al arquitecto en el diseño de la nueva Enfermería, la cual constituye un pequeño hospital de más de 220 m² de superficie resultando más importante que la de la plaza de Pamplona -que bien conozco-, muy preparada por tener que acoger heridos en los encierros. La de la Maestranza está considerada la mejor de su clase, tanto por sus espacios como por sus dotaciones médicas.

En el cuarto capítulo se expone el PROYECTO DE NUEVAS SALAS EXPOSITIVAS

Lo escribe Juan Suárez Ávila. Pintor, Catedrático de Dibujo, Profesor de la Escuela de Arquitectura de Sevilla y Socio Fundador del equipo de arquitectos CHS.

Como miembro de este equipo, ha llevado a cabo la ordenación y diseño de espacios museográficos en numerosas ocasiones. Una de las más recientes es la transformación de las nuevas Salas Expositivas, en los espacios recuperados al trasladar la Enfermería.

El hecho de estar ubicados adyacentes a las instalaciones del Museo Taurino ha favorecido la anexión de ambos espacios, que han sido adecuados, con acierto, para la exhibición de la magnífica Colección de Estampas incorporada recientemente a los fondos del Museo.

Finalmente, el quinto y último capítulo trata de la CONSERVACIÓN Y MANTENIMIENTO DE LA PLAZA DE TOROS

Lo redacta su responsable, Juan Jesús Gómez de Terreros Sánchez. Aparejador desde 1964, su trayectoria profesional demuestra una excelente categoría tanto humana como académica.

Es Profesor de la Escuela de Ingenieros de Sevilla. Su participación en numerosos cursos, congresos, jornadas y publicaciones, así como los cuantiosos premios obtenidos, hacen que su ya dilatada vinculación a la conservación de la Plaza de Toros de la Maestranza desde 1983 se refleje en la merecida fama del estado impoluto en que siempre se encuentra la Plaza. Más de 200.000 personas la visitan al año.

Su procedencia familiar está singularmente ligada a la conservación de esta Real Corporación. Desde su tío político, Aníbal González; su padre, Aurelio Gómez Millán; posteriormente su hermano, Aurelio Gómez de Terreros; hasta hoy, continuando la saga en estrecha colaboración con el actual Arquitecto, José Antonio Carbajal.

Hace más de 25 años que su labor está presente en todas las obras que se han realizado. Su contribución ha sido clave para el éxito de todas ellas.

Termina el libro nuestro Diputado de Plaza, Alfonso Fernández de Peñaranda Valdenebro, quien recoge, en unos cuantos párrafos, todo el ingente y febril trabajo realizado en el último quinquenio.

Lo que, en su modestia, no dice es que lleva en el mismo cargo las dos últimas Tenencias: 12 años. El conjunto monumental de la Corporación no tiene secretos para él, ha vivido en primera línea todos los avatares de las obras asumiendo, con lealtad, las responsabilidades que le han sido encomendadas desde el principio.

Por último, es obligado registrar aquí la magnífica calidad de la composición, maquetación, impresión y encuadernación del libro. Cuenta con más de 200 páginas y en él se reproducen más de 160 fotografías y 90 planos de plantas y detalles constructivos que acompañan a los textos.

Perdónenme unas últimas palabras.

Es un sentimiento personal que recibí y he procurado mantener y transmitir, a lo largo de mi vida. Los profesionales tenemos la obligación de –en todo momento– estudiar, buscar, mirar, ser curiosos y saber sorprendernos. ¡¡Siempre hay algo nuevo que aprender!! Hoy, con este libro, no sólo me he sorprendido. También he aprendido

En definitiva, queda como testigo mudo de los afanes de un Teniente y su Junta de Gobierno, que habiendo entendido perfectamente el sentido de nuestra Corporación ha puesto todo su mejor hacer en dar, a lo largo de su mandato, el mayor empuje para la consecución de sus actualizados fines.

De ello me siento especialmente orgulloso. Y te doy mi enhorabuena, junto a todos los que han intervenido tanto en la edición del libro como en la ejecución de las obras de la Plaza, de 2005 a 2011.

Muchas gracias.

Luis Felipe Gaztelu
Real Maestranza de Caballería de Sevilla